

El color perdido

Rafaela Torres Agüero

Un día, Pedro el Carpintero estaba picando el tronco de un árbol mientras el sol salía detrás de la montaña. Su penacho rojo brillaba. Pasó un buen rato y Pedro se fue a bañar a las frías aguas de laguna Sofía. Se relajó mucho, tanto que durmió por dos horas arriba de una rama de calafate.

Se despertó asustado porque escuchó unos gritos muy chillones. De pronto apareció Florencio, el ave Sietecolores, que corría como loco.

-Hola, buenas tardes, Florencio, qué te pasa, por qué corres y gritas.

-Porque perdí un color, lo perdí en la cascada, no pude encontrarlo. Y yo soy el Sietecolores, no me llamo seis colores y perdí el color rojo. Dios mío, ¿qué voy a hacer ahora?

Pedro el Carpintero le dice:

-No te preocupes, yo te ayudaré- y le colocó bajo su colita una flor roja del notro.

-Mmm -dijo Florencio- creo que es muy extraña. No creo que sea buena idea.

Pedro el Carpintero voló y alcanzó una ramita de lenga otoñal de un hermoso color rojo y lo colocó bajo su colita.

-Mmm -dijo Florencio- creo que es muy dura y me pincha. No creo que sea buena idea.

Pedro el Carpintero pensó y pensó, de repente vio su reflejo en la laguna y se encendió la ampolleta.

-¡Te puedo dar alguna de mis plumas rojas! Cómo no se me había ocurrido antes.

Inmediatamente se sacó tres plumas y se las colocó bajo su colita.

-Siiiiiii, estas son perfectas -dijo Florencio moviendo su colita-. Nuevamente tengo mis siete colores. Gracias, muchas gracias, Pedro el Carpintero, sin ti no sé qué habría hecho.

-No fue nada le dijo Pedro, ya me hacía falta un corte de plumas.

Se despidieron y Pedro el Carpintero pudo continuar su siesta.